



EL BALCÓN DE RIGLOS

I

De todos los balcones de esta ciudad, si no el más viejo, es incuestionablemente el de más historia. Frente á él asoma el balconcito revolucionario, donde salió á luz la revolución de la Independencia. Desde éste, balcón del Sr. Riglos, y antes de esa fecha, había empezado á mirar con buenos ojos D. Esteban Villanueva al contiguo, actual propiedad de su nieta.

Antiguas historias cuentan que al grupo histórico en que sobre el arco mayor del Cabildo discutía Alzaga con Liniers, durante la lluviosa tarde del 5 de julio de 1807, insistiendo se incluyera la devolución de Montevideo en los tratados que firmaron los ingleses en la quinta del señor Riglos, respondía el *Virrey de las indecisiones*: «No enredemos la lista con nuevas exigencias,» cuando á aumentar el grupo llegó Villanueva, agregando: «Desde que los vencidos piden prisioneros del año pasado, equitativo es exijamos aquella plaza.» Este señor siguió mirando de rabo de ojo el codiciado balconcito, juzgando que más sólidamente conservaría

en esa propiedad las enmohecidas *peluconas*, que de tan escondidas en las profundidades de su huerta (Bolívar, 160), casi, casi se perdieron de vista.....

Edificado por Duval, que poco lo disfrutó; codiciado por Villanueva, que luego sus nietos, bisnietos y tataranietos corretearon jugando entre sus barandas; obsequiado al general San Martín, que no tuvo tiempo de asomar á él, recuerda historia tan vieja como la anciana que después de ciento cuatro años acaba de fallecer á sus fondos. La buena de doña Marcelina Entrena de Arboleda (hoy todos tienen *don y de*), fiel sirvienta más de un siglo en la familia Villanueva y Riglos, conservaba en su feliz memoria diálogos del siglo pasado con su primer amo y alcanzó los balbuceamientos de la quinta generación, arrullando al tataranieto de aquél, hoy Dr. D. Tomás Anchorena y Riglos, de tan gentil talante como su ilustre progenitor.

II

Largo, angosto, decrepito, allí asoma hace un siglo, avergonzado por el olvido en que las reedificaciones le dejan, entre la primera casa de tres pisos y la más antigua de teja, también con balcón, primitiva Casa del Seminario, de Policía, y después substituída en angosto y larguirucho caserón de la Intendencia.

Sacado en subasta á consecuencia de la quiebra de Duval, fué el más alto postor Villanueva del más sobresaliente balcón en la plaza, á quien el doctor Anchorena por exigencias progresistas vióse obligado á dar un empujoncito hacia adentro, antes, mucho antes de resignarse á voltear su pared de enfrente ó recoba Vieja.

Con anterioridad, en ocasión que por denuncia de un negro esclavo llegó Liniers á tener noticia de los *macuquinos* que seguían enterrados en la huerta del alcalde, de opiniones contrarias al virrey, para preservarlas de todo verdín, mandó trasladarlas al aljibe y socavones del Fuerte, si bien dando recibo en forma, porque el virrey de la Victoria fué honrado á carta cabal.

Y con ese papelito, menos humedecido que la imagen de Carlos IV en las *mejicanas* y *columnarias*, se presentó Villanueva años después, creyéndose con la casa en el bolsillo; pero faltaba el rabo por desollar.

Para mal de este buen señor, dragoneaba entonces como fiscal de Estado el Dr. Vicente Anastasio Echevarría, que si luego creyó obra buena armar corsarios en justa represalia contra la antigua Metrópoli, primordial cuidado puso en defensa del fisco, cuyos intereses bien confiados estaban

á su honorabilidad. De tal forma ajustó las cuentas en quiebra casual, que Duval quedó con buen nombre y sin casa Villanueva, por más que forcejeara en llevársela. Alegaba el fiscal que, aun cuando se reconociera deuda al Sr. Villanueva, los derechos del Fisco eran privilegiados. Ese comerciante debía tanto y cuanto por aforos, alcabalas, entradas y derechos de aduana, suma que, sin duda, pagaría el día del juicio final, de no finiquitarla ya. Y como agregara otra cierta cuentecita (multas por contrabandos ú olvidos de Duval), todavía quedaba corto el celoso fiscal, al solicitar se adjudicara el inmueble al Estado. Así quedó sin casa Duval, Villanueva y el Fisco, como luego San Martín, por andar tomando aires de cordillera en las de Chile y el Perú.

Pocos meses después que regresara San Martín de Europa, casándose con la más linda porteña de la calle de su nombre, ocupó el solar de donde salen hoy las más nítidas ediciones del Sr. Peuser. Breve fué, brevísima la luna de miel para el héroe americano, que saltando en su brioso corcel de guerra desde el umbral de ese hogar, alcanzó en su primer galope la victoria de San Lorenzo, siguiendo á las de Chile y Perú. Al volver coronado por los frescos laureles que crecieron á las márgenes del Maipu, como débil retribución á sus eminentes servicios, el gobierno argentino le obsequió la antigua casa Duval.

Más tarde, apesadumbrado y abatido, apenas tuvo tiempo de alzar su hija, que le siguió en el largo ostracismo. Un día pasó de largo saludando al balcón al cruzar la plaza, con ella de la mano y su gloriosa espada bajo el brazo por todo acompañamiento, y cuando, concluida la contienda del Brasil, regresó rehusando bajar á tierra, desde valizas extendió poder para que se realizaran sus bienes, ubicados en tierra que no volvería á ver.

Entonces fué cuando el Sr. Escalada, cuñado del general, ofreció en venta esa finca, en tan mala época, que escasos interesados hubo. La señora Dolores Villanueva, recordando los vehementes deseos de su padre, pidió á su gentil esposo D. Miguel de Riglos la comprara. Allí continuó una segunda generación fiestas, banquetes y recepciones que su señora madre seguía, aun en su viudez, conservando en alto el tono y buen gusto de nuestra más distinguida sociabilidad, en que fué D. Miguel, como sus ilustres antepasados, de los más descollantes *gentlemen*.

III

Mi señora doña Javiera, alta, escuálida y devota, tan aficionada á los niños como toda tía que no asciende á mamá, obsequiaba con tantas flores y perfumes el altar de Santa Ana en La Merced, como con caramelos y

confites á los escueleros de nuestro barrio, llamándoles desde su balcón sobre la antigua *Confitería de los Suizos* (actual Bazar Colón), nos había dicho, al vernos pasar con libros descuajaringados, un sábado más temprano:

—Mira, hijito: si el sábado que viene ya sabes leer en carta y me lees de corrido con pocos puntos este viejo mamotreto, te voy á llevar donde has de divertirme.

Y como difícil es dejar sin cumplir promesa á muchacho pedigüeño, ofrecimos todos los trompos y bolitas de que disponíamos al mayor de clase, porque nos repasara las letras más indispensables para deletrear partitas de mosca, en cuya descifración se nos ofrecía premio desconocido. Grata fué nuestra sorpresa cuando antiguo pergamino de hermosa letra sacó de lo más hondo de su cómoda la buena señora, tan aficionada á chicos, caramelos y pastillas de benjuí con que zahumaba la peladita calientapiés, disputando aquéllos los confites que repartían sus numerosas mulatillas. Resumen era de su contenido lo que á la espera de prenderse los fuegos artificiales refería esta señora al primero que representó la España en el país, D. Vicente Casares, quien con la cruz de Carlos IV al pecho celebraba la pérdida de este su virreinato.

Menos atención prestábamos á la contienda de los sobrinos de la casa, Marquitos Suárez y Tomasito Armstrong, sobre quién había ayudado mejor la misa esa mañana, el uno en La Merced y el otro en el Colegio, que á la narración de la Sra. D.^a Javiera Riglos, ante el anciano de blancas patillas abiertas, tan perfumadas como su lustroso cráneo. Abstraía nuestra atención, porque ésta la misma referencia era que leyéramos el último sábado frente á la imagen de Santa Ana y cuyo premio ofrecido fué llevarnos á presenciar los fuegos en la noche del 25 de mayo desde el balcón de Riglos:

«Pues, aunque en sociedad tan reducida como la nuestra todos nos conocemos—decía,—si bueno es ser, no está de más haber sido, y así estaba recordando á estos niños, que, si por lo de Villanueva descienden de la más antigua familia, pues desde el siglo pasado *vareaban* plata numerosos esclavos en la huerta de su casa solariega frente á la de mis padres, en aquella cuadra (antes del Colegio) deudos tienen enterrados dentro de esta Catedral (el arcediano Riglos), por la nuestra más remota y nobilísima es su alcurnia.»

Y como el caballero español sabía de qué pie cojeaba la aristocrática dama, tan perfumada de incienso como de rapé, alentábale á seguir el mismo tema, que resumimos:

«Oriunda de Tudela es la familia de Riglos. Desde los años 1500, en

que ya figuraba D. Pedro, diputado de la provincia navarra, y su hermano D. Gil, continuando en Castilla la Vieja, sigue la sucesión hasta don Juan de Riglos que casó allí con D.^a Fermina de la Bastida y Thomas, teniendo por primogénito á D. Miguel (nacido en 5 mayo de 1649), quien vino á Buenos Aires, donde desempeñó cargos de gran importancia. Llegado á General, desposó una de sus más bellas vecinas, doña Josefa Rosa de Alvarado y Sosa, de la muy ilustre casa de los Alvarados, cuyos fundadores en (el siglo VIII) fueron de los primeros godos que entroncaron con sangre real. Limitándonos á tiempos más inmediatos, si nos fuera dable saltar desde el balcón al *Salto de Alvarado*, referiríamos el muy celebrado que ese compañero de Cortés dió en Méjico la *vispera de la noche triste*, en cuya hazaña aún se conserva allí su nombre. A la conquista del Perú concurrió el mariscal D. Alonso de Alvarado, ayudando á Gonzalo Pizarro con tan eficaces servicios, que á su muerte mereció que el emperador Carlos V, retirado ya en el monasterio de Yuste, escribiese á su hijo Felipe II: «He sabido que ha muerto el mariscal D. Alonso de Alvarado; encargo mucho tengáis cuidado de hacer merced á sus hijos, porque lo son del mejor español que ha salido de estos vuestros reinos.» A lo que contestó el rey: «Tendré mucha atención á lo que mi padre y señor me manda, y esta carta y decreto se entregue á los hijos del mariscal para que me hagan recuerdo.»

Del anterior predicho matrimonio nació en ésta el capitán D. Marcos José de Riglos, quien luego desposó una de las ricas vecinas, doña Francisca Javiera de San Martín y Avellaneda, nieta del maestre de campo D. Juan de San Martín y Rodríguez Umanes. Hijo de éstos fué don Miguel Fermín de Riglos y San Martín, caballero de la Orden de Santiago y sargento mayor de esta plaza, que falleció siendo Gobernador político y militar de Mojos y Chiquitos. Casado con doña Mercedes Lasala y Fernández, á más de la antenombrada Javiera, sólo dos hijos le dió esta porteña: el Miguelito de nuestro cuento y el menor D. José, que fincado en Lima, desde la época que acompañara al general San Martín, quedó de cónsul general de la República Argentina, casándose con la señora Manuela Díaz de Rávago y Abella Fuertes; entroncándose luego con las familias de Varela y Valle, Cabrera, García de Rovina, Orbegoso y Martínez de Pínillos, Panizo, Prevost y Moreyra, Cacho y Lavalle, Paz Soldán, Osma y Sancho Dávila.»

Las armas de la ilustre casa de Riglos se componen de escudo dividido en cuatro cuarteles: el primero, cuatro cruces con sus peanas y formas (hostias de oro en campo encarnado), y el segundo y tercero, bandas azules ondeadas en campo de oro, tal y como se hallan en la iglesia pa-

roquial de San Pedro, de la ciudad de Tudela. Allí se encuentran grabadas en la primera columna contigua al altar y capilla mayor al lado de la Epístola, yaciendo al pie de dicha columna la sepultura de esta familia.

IV

Lejos se remonta, pues, el abolengo del muy alto señor cuyo elevado balcón tradicionamos, y desde mucho antes de desposar la primogénita del Sr. D. Esteban Villanueva, costumbre era en sus abuelos mantener salón como el primero de la sociedad en que figuraban. En el siglo pasado lo fué así el de su predicho abuelo, y desde los comienzos del presente, refiere un viajero inglés, comentando las casas de Riglos, Alvear, Barquín, Balcarce, Sarratea, Balbastro, Rondeau, Thompson, Rubio, Casamayor, que entre los salones de Escalada y Mandeville descollaba el de doña Ana de Riglos, y escribía:

«Ya viuda esta señora mayor, en extremo agradable é inteligente, chispeante, bien nacida, con un título de aristocrática etiqueta de la vieja escuela, se dejaba ver de todo el mundo, y sus tertulias eran de las más amenas. Su hijo D. Miguel se educó en Inglaterra, y regresó á Buenos Aires en el mismo convoy que yo en 1813. Era entonces un guapo mozo de veintiún años; hablaba el inglés correctamente: se vestía en *Bond Street*, y fué uno de los pocos que realmente supo aprovechar de la educación inglesa. Era, y con razón, el preferido de su madre y hermana, y más aún de su tía doña Eusebia de Lasala, la mujer quizá de mejor carácter, de más franqueza y de mayor bondad que había en Buenos Aires. Aunque ya lejos de la juventud, era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de nuestros marinos, á causa de su bondadosa y constante disposición para corregir los disparates lingüísticos que cometían, y por su anhelo en aplacar la crítica acerba de la triste figura que hacían en el baile criollo.

«La casa de la señora Riglos, ó como acostumbraban llamarla: *Madama Riglos*, fué el centro de reunión de los ministeriales, y se la hubiera podido designar con toda exactitud como la dama jefe de la facción Tory en Buenos Aires.»

De antiguo abolengo venían los recibos del Sr. D. Miguel de Riglos y Lasala, y como todo progreso crece, aumenta y avanza, gran concurrencia llenaba sus salones. Ese desborde de bellezas parecían flores pendientes inclinadas en su larga baranda, y era la mejor vista de la plaza en toda festividad patria. En más de treinta años apenas hubo parada, desfile ó procesión, cuya mejor sociedad no asomara allí.

Entonces no se anunciaban los noviazgos por diarios sin crónica social, pero mayor publicidad y significación tenía la pareja de amartelados, exhibida en diálogos más largos que el balcón, creyendo presenciar desfile que no veían, *un veinticinco de mayo*, confirmándose más si en el mismo sitio reaparecía el *nueve de julio* siguiente, y mucho más si, á semejanza de tercera amonestación, arrodillábanse en el mismo sitio al pasar las andas de la procesión del *Corpus*, que hacía la primera estación en el improvisado altar adornado por las mulatillas de la casa, entre damascos y cortinajes que de sus rejas colgaban. Aún en época inmediata, en toda fiesta de tabla, la concurrencia de distinguidas damas que no cabían en los salones municipales llenaban los del Sr. Riglos. Alegre iniciación ó cuna de amores fecundos fué aquel canastillo de flores vivas, á punto que, reunidos los descendientes de quienes encontraron allí su cara mitad, no cabrían en la sala cuan grande es, ni en sus dos pisos convertidos en sinnúmero de escritorios, las abuelitas que, complacidas, verían desfilar hoy numerosísima prole.

V

Notable *rendez-vous* fué su salón, muestrario permanente, para el transeunte extranjero, del bello sexo argentino. El caballero Riglos sabía recibir como pocos. Alto, delgado, activo, bien intencionado, servicial, inteligente, entusiasta y liberal, á muchos benefició; tenía un corazón bien puesto, y un espíritu tan gallardo como su figura. Filántropo de vocación, nunca solicitó empleo alguno; pero aun en medio de malos tiempos supo encontrar forma de proteger al pobre y al huérfano, observando el más escrupuloso manejo en los dineros públicos que le fueron confiados.

Desde el tiempo de los peinetones, antes, mucho antes de las gorras y el sombrerito, desde el peinado de *bananas*, bucles, patillas, y el más sencillo de bajo rodete, cabellera empolvada, enrubiecida, plateados ó dorados cabellos, jopo, bandó, rulos, peinado imperial alto, bajo, y demás formas, á ese balcón asomaron todas las modas, hasta los inolvidables rulos, ya canos, de las elegantes señoras Almagro, Quesada, Bonavía, Lahilte, Pineda, Pinto; como toda forma de calzado, divisándose en lo alto la puntita del pie del antiguo sin taco, el de góndola, coturno, zapatos, botines, botas, cayendo sobre ellos vestidos de medio paso, corto ó de larga cola, sobre tontillo, miriñaque, ó las doce enaguas anteriores á éste, que enfermaron por su peso y ajustadísima cinturita de avispa á más de una currutaca; la Maldonado y Dolores Bayá, víctimas del corsé; toda variedad de modas se ha exhibido en tan preferente local....

Un día asomó el jefe de policía al contiguo balcón, y extático cayó de rodillas. Como el gallardo general no era flojo de piernas ni padecía mareos, creyóse fuera por adorar las imágenes que en procesión desfilaban. Muy joven, había sido uno de los más activos chisperos de la revolución, y en la mañana de mayo, de los que en la plaza más grupos populares uniformara bajo ese mismo balcón. Después de llevar la bandera azul y blanca á las mayores alturas de la tierra, diestro jinete, antes de regresar coronado con los laureles de Ituzaingó, ganó en unas célebres carreras el gobierno de la provincia de Entre Ríos. No porque el Gobierno de aquella provincia estuviera sobre el tapete ó se echara á los dados, cual túnica del Salvador, sino porque con los mismos carrerinos, concluido el juego, derrocó al gobernador, substituyéndole por su majestuosa persona. No padecía, pues, de nervios ó vértigos, y atribuyóse tal vez el mareo ó deslumbramiento á vívidos reflejos del sol poniente, á tiempo de atravesar la bocacalle de las Torres el señor obispo Medrano, llevando la custodia exornada de brillantes, cuyos resplandores enceguecían. Pero Su Ilustrísima llegó á ponerla en el altar de la plaza; y aun después que entre cantos é inciensos, salmodias y músicas de violines, seguían los faroles, el general no salía de su abstracción hasta que el deslumbramiento vecino se eclipsó, entrándose Agustina Rozas, en cuyas miradas prendado quedaba por largo tiempo el viejo general Mansilla.

Acaso fué el de esa hermosa Agustina el que inauguró los noviazgos en los anales de esta sala, cuando el compromiso salió afuera ó se hizo público, ó salieron los novios al balcón, cuyas puertas cerráronse treinta años después al casamiento de la niña de la casa con el más grave de nuestros abogados, entre los discípulos del inolvidable Dr. Alcorta, obteniendo la mano de la gentil señorita cuya genealogía de cuatrocientos años compendiamos.

Fuera de otros tantos compromisos que fracasaron, cuyos azahares no llegaron á florecer sobre él ó á su pie, mirando á pasantes que no acababan de pasar, nacieron ó prosperaron en ese nido de amores los de las señoritas Rozas, Lastra, Beláustegui, Garmendia, Carranza, Terreros, Saavedra, Castellanos, Plaza Montero, Rubio, Fernández, la Carmencita y otras, á cuyo alrededor revolotearon Mansilla, Lezica, Cazón, Armstrong, Villanueva, Saavedra, Suárez, Yáñez, Vivar, Carranza, Drago, Basualdo, Oromí, Carreras, Elizalde, Llavallol, Pineda, Herrero, Larrázabal, Velázquez, Gowland, Rolón, Guido, Rubio, Elortondo, Halbach, Roque Pérez, Arana, Bilbao, Monasterio, Gutiérrez, Frías, Ocampo, Rodríguez, Lezama, Martínez de Hoz, Molina, Alvear, Arrotea, Llambí, Escalada, Pacheco, Haedo, Boneo, Senillosa, el paquete Urioste, Juan Martín Estrada, Jimmema, Pérez del Cerro y tantos otros.

VI

Lleno de actividad, en perpetuo movimiento, siempre apurado, llevándose postes y muchachos por delante, tropezando con viudas y viejas, en buen y mal tiempo envuelto en su inseparable amplia capa española que hermosa andaluza le enseñara á usar en doce diferentes arrebozos, tan elegante y gallardo aparecía, ya llevando el pendón de ánimas, dentro ó fuera de la catedral, ó en continuo cierra-puertas, entrando y saliendo por todas, en precaución de que colado airecillo constipara á sus amigas, alegre, sonriente y devoto, se vivió el Sr. Riglos sus ochenta navidades, con igual buen humor, derramando el bienestar en todos sus alrededores.

Decíase que su cortesía era tal, que agobiados por su exceso llegaron á ser alguna vez los convidados víctimas de su obsequiosidad. No había forma de evitarse los veinte platos de su opípara mesa, y más larga sobremesa de mantel largo, no sólo los jueves, sino en las frecuentes fiestas de tabla, por las que el servicio doméstico solía protestar en semanas de puros jueves.

Asegúrase con frecuencia que no se puede frecuentar la corte sin adular cortesanos; pero, aunque lo pareciera, este dignísimo ciudadano no fué verdadero rozista, ni en época que florecían rosas en su balcón. Desempeñó durante la dictadura más de un puesto público, pero sin mancha ni tacha salió su nombre. Defensor de menores, supo defender al huérfano y al mísero, cuando, lejos de ser tales empleos rentados, muchos pesos se desembolsaban en su desempeño. Como director del Banco, evitó el despilfarro de muchos otros. En tiempos que recibir á un extranjero era pecado, fué su casa una de las pocas que hospedaban permanentemente á todos los representantes diplomáticos y consulares, como á cuanto viajero de distinción llegó al país.

Todo esto y mucho más representó el Sr. D. Miguel Riglos, conservando dignamente elegantes costumbres y exquisitas maneras en época afflictiva en que el saber ponerse la corbata, suficiente fué para ser tildado *salvaje unitario*. De vasta ilustración y finos modales, hablaba con tanto entusiasmo y vivacidad que, en incesante movimiento activo, hasta sus largos brazos tomaban parte en diálogos que no era fácil interrumpir. En uno de ellos, cierta picaresca Eloísa de la vereda de enfrente, entre las contertulianas de todas las noches y en la antigua casa Barquin de Dávila, le interrogó:

—Dígame, señor defensor de menores: ¿la menor que sale de la casa paterna siguiendo consejos de su guía espiritual, tiene pena de muerte?

—De ninguna manera, señorita, ni aun juzgada por juez competente. Es una atrocidad que clama al cielo lo que se ha hecho.

Y continuando su ferviente peroración á manotones, con tal fuerza llegó á chocar su mano derecha en la punta de un cuadro, que se la recalcó. A entablillarla llegaba la vecina del lado, esposa del sabio doctor Muñiz, quien, como las señoras Sosa, Aguirre, Terry, Ibáñez, Marín, Beccar, de la misma cuadra (San Martín entre Lavalle y Tucumán), comentaban, reunidas en el comedor interior, el bárbaro fusilamiento de esa mañana. Todas ellas venían de postrarse ante la hermosa imagen de talla «Nuestra Señora de las Mercedes,» dentro de altísimo nicho de cristales en la antesala, rezando el rosario por el descanso de la infortunada Camila.....

Entrando otra ocasión en el despacho del presidente, Sr. Escalada, en la Casa de Moneda, de cuyo directorio formaba parte, alzó la rosa caída en el umbral, y saludando con ella en alto, dijo con maliciosa sonrisa:

—*¡Honni soit qui mal y pense!*

El casto José, que no entendía de esos latines, esperó el regreso de D. Leonardo González, que acompañaba la perfumada solicitante hasta la puerta, para comprender la traducción, que le ruborizó. Durante una de esas intermitentes garúas primaverales conversaba con su conuñado don Tomás Armstrong á la puerta de D. Juan Fernández, cuando divisó, indecisa en atravesar la esquina de Cueto, á la elegantísima señora Carmen Z. de Saavedra. Verla, precipitarse hacia ella, y no satisfecho con darle el paraguas, extender su larga capa y ofrecerle la mano para ayudarla en el mal paso, fué ano de los actos de su frecuente galantería, con la misma exagerada cortesía que bajaba al medio de la calle por ceder la vereda, según refiere Mansilla en sus *Causeries*.

VII

Recordamos cuán acelerado entraba en el despacho de Gobierno, tirando capa, bastón, sombrero, pañuelo, guantes, cuanto á mano tenía; y detrás el muy corpulento edecán coronel Castañón llamando al ordenanza, negrito Manuel, para que recogiera todo; mientras su larga hermana, que á pesar del calor no omitía sus tres pañuelos de costumbre, impetrandolo la protección oficial para una de sus muchas asociaciones de caridad, agregaba:

—Tenga compasión, señor gobernador, de esta *pobre huerfanita*, pues como mi hermano Miguel ha sido tantos años defensor de menores, todas las pobres del barrio me tienen por defensora perpetua.

Otra mañana subía la escalera que conduce á ese balcón misia Agustina Rozas, dejando en pos el perfume de sus especiales pastillas, en contraste de negras mal olientes en cada escalón, á la espera de audiencia. Sorprendido el defensor en bata matinal, apenas tuvo tiempo de tropezar con dos ó tres mulatillas que rodaron al paso, apresurándose á introducir en la sala tan distinguida visita. Vuelta á su interrumpida tarea, agitado y de pie, exclamó á su auditorio de todos colores:

—¡Estoy de prisa; hablen todas á un tiempo!

Y concluida la gangolina y algazara de chinas y zambas, á marimba de negros parecida, en la que una madre reclamaba su menor, otra entregaba dos que la noche antes escaparan con soldados de la guardia bajo cabildo, y múltiples demandas semejantes, al acabar de dar oídos á verdinegras aventuras que no eran para oídas, despachó tan apeñuscada clientela, pasando á perfumarse, y de corbata blanca, antes de tomar asiento en la mesa de almuerzo, fué á saludar de nuevo á la inesperada visita, con que al salir de misa se acompañara su esposa. El primer saludo en *rob de chambre* no valía para tan cumplido caballero.

Confirman nuestros recuerdos los del viajero inglés transcritos, como otro humorístico escritor, que treinta años más tarde agrega:

«De aquella mansión lujosa de nuestro *lord inglés*, como llamaban al Sr. Riglos, es de donde salieron los más descollantes enlaces en nuestra alta sociedad. Habitaba su casa propia, sobre la plaza Victoria (Bolívar, 11), donde se ve hoy gran balconada, al lado de la que fué Casa de Policía, arreglada con lujo y *confort* deslumbradores: cortinajes, tapices, sedas, tisús, muebles dorados, arañas, etc., etc., y el comedor, que es lo positivo, donde se daban los más suntuosos banquetes. La vajilla, los cuchillos de postre, eran de oro y plata. Ninguno sabía hacer mejor los honores en continuadas fiestas. De su mesa podía decir el más exigente de los gastrónomos que la frecuentaban: *dime cómo comes, te diré quién eres.*»

»A este ancho y largo balcón asistían, entre multitud de buenas mozas, Manuelita Rozas y Juana Sosa, á ver pasar la concurrencia en las funciones patrias, desde que este distinguido caballero, el más culto si los había, sufrió resignado la tremenda tiranía de Rozas sin poder abandonar el país. El tirano le nombró, cuando vino la época de calma en la que Manuela su hija y Agustina Rozas imperaron en su espíritu, defensor de pobres y menores, de la catedral al Norte, época de felicidad y de bonanza para todos, pero de decadencia para el Sr. Riglos, que empezó á entristecerse y á declinar hasta terminar sus días en el seno de sus amigos, rodeado de las consideraciones de cuantos le conocieron, y sentido hasta no más, falleciendo cerca de sus ochenta.»

Ponemos aquí punto final, tradicionando sólo recuerdos de balcón tan codiciado por beldades de dos y tres generaciones. No queremos extralimitar de sus escenas, por más que otras muchas, no menos interesantes, de caridad, de patriotismo y beneficencia, iniciáronse en su interior, ya por algunas de las cuatro hijas del Sr. Esteban Villanueva, ó por los descendientes del inolvidable Sr. D. Miguel, cuya honorabilidad llevan bien en alto sus dignos descendientes.

